

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

30 de mayo de 2021

- **Dt 4, 32-34. 39-40.** El Señor es el único Dios allá arriba en el cielo y aquí abajo en la tierra; no hay otro.
- **Sal 32. R/.** Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad.
- **Rom 8, 14-17.** Habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!».
- **Mt 28, 16-20.** Bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

(Mateo 28, 16-20)

1. Desde la Palabra de Dios

Con la solemnidad de Pentecostés concluía el Tiempo Pascual, y este domingo retomamos la celebración del Tiempo Ordinario, que la Cuaresma había interrumpido. El domingo, posterior a Pentecostés, celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad.

El relato que hoy compartimos, que excepcionalmente pertenece al Evangelio de San Mateo, arranca situándonos en el contexto geográfico: «los Once fueron a Galilea, a la

montaña». Mateo termina su Evangelio en la misma geografía de Galilea, donde también había comenzado la misión evangelizadora de Jesús. Allí quedan citados los discípulos para enviarlos a realizar su misma misión.

El monte es lugar simbólico de las teofanías de Dios. Ésta es la última aparición de Jesús Resucitado a sus discípulos. Y es la última manifestación —teofanía— del Resucitado. Con el eco y trasfondo de la constitución del pueblo de Dios al pie del Sinaí, con la promulgación de los diez mandamientos por mediación de Moisés, Jesús constituye el nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia.

Los discípulos reconocen a Jesús como a Dios. Son los mismos que habían dudado. Aunque débiles y confusos—aún no habían recibido el Espíritu Santo en Pentecostés—, los Once son escogidos para formar la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios, y para iniciar la tarea de la evangelización.

Jesús transmite a los discípulos su misma misión: «id y haced discípulos a todos los pueblos»; evangelizar y bautizar. Presentar la Palabra, como profetas, y realizar en el bautismo lo que la Palabra proclama y dice. Ésta es la misión de la Iglesia en todo tiempo y lugar: presentar la Buena Noticia de que Dios nos ama y nos salva en Jesús, y realizar la obra de la salvación en los sacramentos, para vivir el Amor de Dios en comunidad, en fraternidad.

La Iglesia, fiel a las enseñanzas de Jesucristo, es la encargada de llevar la salvación, bautizando, perdonando, distribuyendo el Pan de vida. Para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

El Evangelio según san Mateo termina con esta promesa de Jesús a sus discípulos: «yo estoy con vosotros hasta el final de los tiempos». Es un final con sorpresa. Porque el Resucitado no se va, sino que permanece con sus discípulos. Sigue siendo el Emmanuel, el Dios-con-nosotros.

Podemos recordar cómo Jesús Resucitado está presente hoy entre nosotros:

- **En la acción litúrgica** (Sacrosanctum concilium, 7), es decir, en los sacramentos.
- **En la asamblea reunida en su nombre** para celebrar la Eucaristía: «donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).
- **En la Palabra**, pues cuando se proclama en la Iglesia, es Él quien habla (SC, 7).
- **En los pobres**. La Iglesia reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente (Vaticano II, Lumen gentium, 8).
- **En cada uno de nosotros**: ¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo recibido de Dios? (1 Cor 6, 9).

El Resucitado está presente en la historia de la humanidad, para transformarla en historia de salvación. La creación vive en la esperanza de ser también ella liberada de la servidumbre de la corrupción y participar así en la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom 8, 20-21).

Cada uno de los bautizados somos lugar donde la Trinidad habita. Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones (Rom 4, 5).

En cada uno de los bautizados, la Trinidad está realizando su vida íntima: «no habéis recibido un Espíritu que los haga esclavos, para caer de nuevo en el temor, sino un Espíritu que os hace hijos adoptivos y nos permite clamar: “Abbá”, es decir, “Padre”» (Rom 8, 15).

Abrámonos este domingo totalmente al amor de la Trinidad que habita en nosotros.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy, domingo después de Pentecostés, celebramos la fiesta de la Santísima Trinidad. Una fiesta para contemplar y alabar el misterio del Dios de Jesucristo, que es Uno en la comunión de tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Para celebrar con asombro siempre nuevo Dios-Amor, que nos ofrece gratuitamente su vida y nos pide difundirla en el mundo.

Las lecturas bíblicas de hoy nos hacen entender que Dios no quiere tanto revelarnos que Él existe, sino más bien que es el «Dios con nosotros», cerca de nosotros, que nos ama, que camina con nosotros, está interesado en nuestra historia personal y cuida de cada uno, empezando por los más pequeños y necesitados. Él «es Dios allá arriba en el cielo» pero también «aquí abajo en la tierra» (cf. Deuteronomio 4, 39). Por tanto, nosotros no creemos en una entidad lejana, ¡no! En una entidad indiferente, ¡no! Sino, al contrario, en el Amor que ha creado el universo y ha generado un pueblo, se ha hecho carne, ha muerto y resucitado por nosotros, y como Espíritu Santo todo transforma y lleva a plenitud.

San Pablo (cf. Romanos 8, 14-17), que en primera persona ha experimentado esta transformación realizada por el Dios-Amor, nos comunica su deseo de ser llamado Padre, es más «Papá» —Dios es «nuestro Papá»—, con la total confianza de un niño que se abandona en los brazos de quien le ha dado la vida. El Espíritu Santo —recuerda el apóstol— actuando en nosotros hace que Jesucristo no se reduzca a un personaje del pasado, no, sino que lo sentimos cerca, nuestro contemporáneo, y experimentamos la alegría de ser hijos amados por Dios. Finalmente, en el Evangelio, el Señor resucitado promete permanecer con nosotros para siempre. Y precisamente gracias a esta presencia suya y a la fuerza de su Espíritu podemos realizar con serenidad la misión que Él nos confía. ¿Cuál es la misión? Anunciar y testimoniar a

todos su Evangelio y así dilatar la comunión con Él y la alegría que se deriva. Dios, caminando con nosotros, nos llena de alegría y la alegría es un poco el primer lenguaje del cristiano. Por tanto, la fiesta de la Santísima Trinidad nos hace contemplar el misterio de Dios que incesantemente crea, redime y santifica, siempre con amor y por amor, y a cada criatura que lo acoge le da la posibilidad de reflejar un rayo de su belleza, bondad y verdad. Él desde siempre ha elegido caminar con la humanidad y formar un pueblo que sea bendición para todas las naciones y para cada persona, ninguna excluida. El cristiano no es una persona aislada, pertenece a un pueblo: este pueblo que forma Dios. No se puede ser cristiano sin tal pertenencia y comunión. Nosotros somos pueblo: el Pueblo de Dios. Que la Virgen María nos ayude a cumplir con alegría la misión de testimoniar al mundo, sediento de amor, que el sentido de la vida es precisamente el amor infinito, el amor concreto del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

(Papa Francisco. 20/05/2018)

3. Desde el fondo del alma

El Dios uno y trino,
misterio de amor,
habita en los cielos
y en mi corazón.

Dios escondido en el misterio,
como la luz que apaga estrellas;
Dios que te ocultas a los sabios,
y a los pequeños te revelas.

No es soledad, es compañía,
es un hogar tu vida eterna,
es el amor que se desborda
de un mar inmenso sin riberas.

Padre de todos, siempre joven,
al Hijo amado eterno que engendras,

y el Santo Espíritu procede
como el Amor que a los dos sella.

Padre, en tu gracia y tu ternura,
la paz, el gozo y la belleza,
danos ser hijos en el Hijo
y hermanos todos en tu Iglesia.

Al Padre, al Hijo y al Espíritu,
acorde melodía eterna,
honor y gloria por los siglos
canten los cielos y la tierra. Amén.